

## Esa cosa de cantar canciones, así en abstracto

A veces son íntimamente personales, otras producen escenarios comunitarios y a menudo son simplemente apropiadas porque da la casualidad que son las que tenemos a mano. Son esas canciones que tantas veces imperan de manera abstracta en la vida de uno. Esa selección personal y ecléctica, que acaba siendo una cadena de relaciones imposibles, almacenadas de cualquier forma y donde conviven temas amontonados los unos contra los otros sin signo de incomodidad alguna. Esas ficciones con las que nos codeamos cada día, que construyen su propia realidad o la pérdida de realidad de la misma, y que tan a menudo nos sirven como mínimo punto de referencia estable. Con ellas, contamos nuestras historias y nos recreamos en una imagen de nosotros mismos, que no será ni del todo real, ni del todo mentira. Sino más bien una aproximación desde un compuesto emocional de instantes de tiempo concretos.

Eso es, más o menos, elaborar una recopilación musical: hacer uso de historias ajenas dispuestas de acuerdo con principios personales. En sí, cometer pequeños actos de *micropiratería*.

Como la estructura de cualquier selección musical, las imágenes de Miguel Ángel Tornero no se desarrollan ni de principio a fin, ni tampoco en ellas la historia pasa por ninguna parte central. No hay nudo ni desenlace. Hay, más bien, devaneos, espirales o curvas. Como en el estribillo de una canción, reitera algo que ya ha dicho antes, para que no se olvide. Y a menudo incorpora resúmenes o digresiones. Parejo a un DJ, su trabajo consiste en algo parecido a lo que hace éste con sus discos: proponer un recorrido y enlazar los diferentes elementos en él en un determinado orden, cuidando sus enlaces al igual que la construcción de un ambiente. Uno y otro consiguen así, su *función*: ese encadenamiento dentro del

cual los temas se deslizan unos en otros, representando al mismo tiempo un producto, una herramienta y un soporte. Una red de formas contiguas que se encantan entrando en diálogo, a veces, hasta en parodia, en una especie de *sampling* de proximidad que pierde su carácter independiente para adquirir la dimensión existencial de una herramienta de comunicación vital.

Inmersos en esa atmósfera, como la que se crea cuando asistimos a un concierto o escuchamos un disco, las imágenes del artista no intentan llenar el vacío que resuena a su alrededor. Conviven, sin más, en un momento extraño y sin subordinaciones evidentes. Tan sólo son, la ilusión tensa de una comunidad de iguales. Situaciones que existen dentro del mundo como lo hacemos nosotros y nuestras vidas y que vienen a ser algo parecido a los fotogramas. Imágenes de las historias que, de manera aislada contamos y de las historias que sin duda, volveremos a tararear una vez más.

Es exactamente ahí, desde esa esfera de lo intersubjetivo, desde donde Miguel Ángel Tornero no hace más que formalizar su universo de relaciones. Algo así como elaborar su particular repertorio de los temas que, de alguna manera, hablan de él. Sus fotografías son pues, también un "mix": momentos congelados, acciones inmóviles, parajes desolados o figuras mudas. Todas ellas, rozando la ironía y teatralizando el hecho de mirar, son algo así como pequeños ejercicios de simulacros conscientes en los que ensayar nuevas relaciones con las cosas. Imágenes que inciden en la tensión entre lo real y lo construido como una forma de registrar y reaccionar los hechos más diversos de la vida cotidiana, para hablar de esos sucesos que nunca se ajustan a ningún tipo de definición. De esos que ocurren, han ocurrido o ocurrirán en un lugar específico.

Con la fotografía como una opaca y saturada pausa, en la que además se nos invita a detenernos, es la iconografía del paisaje la que le sirve de emblema de una forma de habitar el mundo. Da igual que sean exteriores, domésticos, contiguos o periféricos. Campos geográficos cercanos a las carreteras o terrenos desérticos colaterales a los pueblos. Todos ellos indeterminados, son lugares como los del inconsciente, que no son ni individuales ni colectivos, sino que existen sólo como espa-

cios intermedios. Como cualquier encuentro, que al fin y al cabo, es lo que inicia cualquier relato. Ahí, completamente descontextualizados, sus personajes parecen de ninguna parte y se quedan sin saber qué hacer. Impasiblemente contingentes a todo lo que tienen alrededor, la mayoría de veces, objetos con un poder renovado, ante los que ni parecen asustarse ni alterarse. Se quedan sin más, clavados, como en viajes individuales por sus propios espacios mentales o envueltos en una activi-



dad que les hace completamente ausentes de aquello que les rodea, en un momento que perturba no sólo el paisaje, sino también la normalidad.

Es esa, la particular capacidad del artista por dejar las cosas al filo. Por hacer que la imagen organice la historia, por plantear más preguntas que respuestas o por captar aquello que de más invisible hay en toda presencia. Como cuando se vislumbra algo con el rabillo del ojo. En sí, maneras de tratar de entender las vidas particulares en las distancias cortas.

Tras esos híbridos de collage salvaje, nos quedan sólo indicios, talantes distantes, apariencias absortas, gestos distraídos, ademanes contenidos, posiciones tensas, conductas arbitrarias o aires indiferentes. Una colección de actitudes que proyectan, en el detalle, un extenso repertorio de disposiciones del ánimo. Diferentes versiones de esa idea de crearse un mundo paralelo con el fin de disponer los objetos en otro orden y señalar así, aquello que están representado. Ambientes psicológicos que contribuyen a una escenificación imaginaria, aunque no menos real. A paisajes simbólicos imposibles que muestran mundos desconcertantemente creíbles. Esos que, de algún modo, ya sea en terreno próximo y cotidiano o en otro desconocido y siniestro, nos revelan, en la acción de explorar lo contiguo, una incompatibilidad. Una especie de rubor que tiene en su trasfondo expectativas no satisfechas. Ajustados excesos, pequeñas contradicciones y explícitos equívocos que alteran los marcos básicos en los que se organizan nuestras experiencias y modifican la cadena de respuestas que normalmente cabría esperar ante algo.

Todas sus imágenes tratan, pues, de una cierta idea de situación. Las que son panorámicas o las parciales que detienen sólo en algo concreto. Las que hablan más desde lo anulado y la suposición que desde lo explícito de los primeros planos. Las más artificiales y las menos construidas. Las de los cielos saturados

y las que, por el contrario, son transparentes hasta en la luz. Las más crípticas y enigmáticas y las más tajantes y rotundas. Las que lo inminente podría determinar la acción en cualquier momento, y las que un posible cambio sería, como poco, remoto. Todas ellas, una especie de nicho ecológico, un decorado relacional y promiscuo en el que pese a estar todo tan bien ensamblado, algo no encaja. En sí, una auténtica recopilación de remezclas, versiones, caras B y rarezas.

Bea Espejo

